

males en definitiva entran por esta puerta de la sensualidad, todas las servidumbres y todas las ruinas han pasado por allí, como por un camino real. Y esta virtud tan necesaria es una virtud reservada por Dios á la acción de la doctrina católica.»¹ Lo mismo que la humildad, ni los estoicos, ni los protestantes, ni los llamados filósofos han podido crearla. Es, pues, un don del cielo, es un fruto exquisito de la moral de Jesucristo, del Hijo de la Virgen.

8. Y ¿qué decir de los deberes para con nuestros semejantes, cuya fórmula es la de la justicia estricta, dar á cada uno lo que es suyo, respetar los derechos de todos, débiles y fuertes, superiores, inferiores, ó iguales? ¿Cuándo se ha visto en el mundo mejor observada la ley santa del respeto, que en los tiempos primitivos del cristianismo, en que todos los fieles no se regían por otra ley que la de Jesucristo? Y aun hoy, ¿dónde se encuentran siquiera algunos rasgos de justicia sino en el seno de las sociedades cristianas? Empezando por el respeto y el amor debidos á los padres y demás miembros de la familia, ¿quiénes son los hijos, los hermanos modelos sino los que ajustan su conducta á las leyes de la moral que les inculcaron en la iglesia y en la escuela católica? ¿Quién mejor que el cristianismo ha intimado á los individuos y á los pueblos las santas leyes del respeto á la vida humana, á la propiedad, al honor, en suma, á la personalidad del ser racional, siquiera sea un niño ó un idiota desgraciado? Y la civilización que garantiza estos bienes por medio de leyes justas, protectoras de todos los derechos, ¿no es acaso una hermosa y natural eflorescencia del espíritu cristiano inoculado en la gran masa de la humanidad? «Nada hay más explícitamente consignado en la historia», dice Augusto Nicolás, «que la poderosa reconstitución del mundo carcomido ya, bajo el soplo del cristianismo.» «Los hombres»,

¹ Lacordaire, Conf. 23.

dice Mr. Villemain, y lo mismo en substancia afirman los más sensatos historiadores y críticos, «no eran capaces de llevar á cabo la regeneración del mundo; sólo el cristianismo pudo efectuarla, como realmente la efectuó.» «El cristianismo», dice el mismo escritor, «hizo practicar á sus discípulos, á título de religión, lo que se introdujo después, á título de civilización, en las leyes, en las instituciones, en las costumbres y hasta en la naturaleza de las sociedades modernas.»¹ Con razón había cantado el profeta David al Salvador del mundo esta hermosa estrofa: «*Orietur in diebus eius iustitia et abundantia pacis*—En sus días nacerá la justicia, y la paz se extenderá por todas partes.»² Y el apóstol San Pablo definiendo el reino de Dios, que es la Iglesia, decía á los fieles: «El reino de Dios no consiste en la satisfacción de los sentidos, en el regalo de la carne, sino en la justicia, en la paz y el gozo en el Espíritu Santo.»³

9. Si tan hermosa es la justicia ¿quién dirá la hermosura de ese genio divino de la caridad? Aquí sí que ostenta toda su grandeza la moral del cristianismo. Porque, no contento el hombre de Cristo con el cumplimiento exacto del deber, extiende su acción benéfica mucho más allá de los límites de lo obligatorio, derramando el bien á manos llenas. ¡Qué precepto tan sublime el de la caridad! al fin, como brote espontáneo del Corazón de Jesucristo. «*Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem*»⁴—Amaos mutuamente, éste es mi mandamiento.» Y ¡qué hondamente grabada quedó esta recomendación del Maestro en el corazón de los discípulos! Amaron hasta el sacrificio, hasta el olvido de sí mismos. La historia del cristianismo es la epopeya de la caridad. Abrazar al enemigo, amarlo con el mismo afecto que si fuese amigo, orar por él, hacerle beneficios, ¡qué heroísmo! Desprenderse de lo propio, ceder

¹ Aug. Nicolás, Estud. filos. sobre el Cristianismo, t. III.

² Ps. 71, 7.

³ Rom. 14, 17.

⁴ Io. 15, 12.

de su derecho únicamente por no turbar la paz con el prójimo, cumpliendo á la letra con el consejo de Jesucristo: «Á quien quiere ponerte pleito por la túnica, déjale también la capa»¹, ¡qué manera de proceder tan generosa y nunca vista! Hacer el bien á todo el mundo sin distinguir buenos y malos, propios y extraños, amigos y enemigos, y hacer todo el bien posible sin hartar jamás esta hambre de la felicidad ajena, ¡qué prodigio! Esto raya en lo increíble, y sin embargo, nada hay más cierto ni más real en el seno de la sociedad católica. «La caridad de Jesucristo», como dijo el Apóstol, «no muere, no desmaya jamás»²; al contrario, cada día aparecen nuevos apóstoles, cada día surgen nuevas instituciones benéficas, y por momentos se ven crecer las llamas de la caridad en millares de corazones.

Es lo que admiraba en el santo rey Luis IX de Francia el hombre más enemigo del cristianismo, y que sin embargo y á pesar suyo, le ha tributado este brillante homenaje: «Es verdad que los antiguos conocían la liberalidad y la magnanimidad, pero ¿tuvieron siquiera idea de ese celo por la felicidad de los hombres y por su dicha eterna? ¿Tuvieron nada que se pareciese á aquel ardor con que el santo rey procuraba aliviar las almas de los desgraciados y socorrer todos los infortunios?»³ Basten, carísimos hermanos, estas breves indicaciones sobre los puntos capitales de nuestra moral para dejar sentada esta importante conclusión: No hay otra más perfecta ni más excelente. ¡Cómo contrasta con ella la moral, si así puede llamarse, del siglo irreligioso y emancipado de la suave ley de Jesucristo! Vamos á verlo en la segunda parte.

II.

10. Un siglo ateo, un siglo que ha gritado, como los impíos de que habla el profeta David: «Rompe las cadenas, arroja su yugo»⁴, refiriéndose al Señor del

¹ Matth. 5, 40.

² 1 Cor. 13, 8.

³ Voltaire cit. por Aug. Nicolás

⁴ Ps. 2, 3.

cielo y á su Cristo, lo que equivale á decir á voz en cuello: «¡Abajo toda ley! ¡Afuera todo freno! ¡Libertad absoluta para hacer todo cuanto nos agrade!» un siglo que se encuentra en estas disposiciones, no sé, á la verdad, qué clase de moral pueda fundar y profesar. Esas frases frenéticas y subversivas expresan todo lo contrario de la moral que es esencialmente norma y ley de las acciones humanas. Aquello pues, no es más que la inmoralidad erigida en sistema. Pero no puede darse mayor contradictorio. Así es que no pueden menos de verse rechazadas por el sentido común de las gentes tan ridículas aberraciones. Y eso no obstante, hermanos míos, esas doctrinas, aunque tan falsas, disfrazadas con el ropaje científico, filosófico, tal vez hallan cabida en muchos espíritus que siguen, como por instinto, la corriente del siglo. Bueno será, pues, hacer resaltar la sana doctrina que dejamos expuesta, contrastándola con las extravagantes teorías y detestables máximas del siglo ateo y descreído.

11. Empecemos por examinar el punto de partida de la moral sin Dios, de la moral independiente de la idea religiosa. Las escuelas que se glorían de espiritualistas toman por base la razón. Pero ¿qué se quiere significar por este nombre? ¿es la razón particular de cada individuo ó la razón colectiva, ó bien esa entidad abstracta que se llama razón universal? Si es la primera, demasiado frágil es esa base para fundar edificio tan grande é indestructible como debe serlo la moral. En la razón individual no encontraréis sino opiniones particulares, dictámenes, verdaderos ó falsos, pero no de tal naturaleza que puedan ligar necesariamente á todos los hombres de todos los tiempos y lugares. ¿Con qué derecho se me impondría por ley de conciencia el juicio individual de otra razón tan independiente y libre como la mía? Si otro juzga que tal acción es buena, yo puedo juzgar que esa misma acción es mala, y ¿quién dirimirá la controversia? No puede, pues, fundarse

moral ninguna sólida sobre la razón individual. Ni sobre la razón colectiva, porque la suma ó colectividad no altera el valor de los juicios singulares. Y luego porque tal consentimiento universal no es posible obtenerlo en la mayor parte de los casos, y en fin, porque si el consentimiento existe, debe tener por causa la verdad objetiva, la verdad que se impone á la razón de todo el género humano. Aquí, pues, en la verdad de las cosas, es donde debe buscarse el fundamento sólido de la moral, y al buscarlo, nos encontraremos necesariamente con Dios, razón suprema de toda verdad, Verdad absoluta y soberana. «Echada por tierra la noción de Dios, el orden moral se desvanece por sí mismo, no queda en pie ni la distinción fundamental del bien y del mal.»¹ Aquí tenéis, pues, la insuficiencia del llamado racionalismo para fundar un verdadero sistema de moral. Pero ¿qué decir del materialismo, á donde van de ordinario á parar todas las escuelas que se emancipan de la revelación? ¿Cuál es su punto de partida para construir la moral? El placer, la utilidad. «El hombre no obra sino por un solo motivo, su propio interés, llama bien á lo que le es útil, y mal á lo que daña á las cosas y á los goces que posee. El deber, si es que lo observa, no es más que un medio de preservar sus derechos; el amor, caso que lo experimente, no es más que un sentimiento de placer. El egoísmo se halla en el fondo de todos los actos humanos, sea cual fuere la apariencia ó el nombre con que se disface, y esas magníficas expresiones de sacrificio, abnegación é inmolación de sí mismo, no sirven más que para disfrazar nuestras verdaderas inclinaciones bajo una pompa que lisonjea nuestro orgullo.»² Con tales doctrinas, que encierran la abdicación de la dignidad de seres racionales y libres, ¿qué viene á ser de la moral? ¡Ah! ¡carísimos hermanos! si sondeáramos un

¹ *Lacordaire*, Conf. 50.

² *Ibid.*

poco el fondo de esta doctrina, veríamos hasta dónde llega su degradación. Pues ¿qué entienden por placer los que niegan la espiritualidad del alma? No otro que el de la sensualidad, grosera ó refinada. Circunscrita la ambición del hombre materialista á los bienes de la vida terrestre, material, la virtud para él consistirá en proporcionarse impresiones agradables, en procurarse el bienestar físico, la salud, la vida rodeada de comodidades; el vicio por el contrario, en no saber evitarse impresiones dolorosas, en exponerse al sufrimiento, á la pérdida de la salud y de la vida. ¿Puede imaginarse doctrina más abyecta? ¿no es esto la inmoralidad descarada?

12. En teoría no serán tal vez muchos los que profesan tan sórdidas doctrinas, especialmente si no han renegado de su profesión de cristianos — profesión incompatible con el materialismo —; mas en la práctica ¿no son sin cuento los que las siguen, aun entre aquellos que blasonan del nombre de católicos? Díganlo los vicios de que está plagada la sociedad moderna, mayormente en los teatros y otros centros llamados de diversión, que mejor llamaránse de perversión de las costumbres, donde la disolución, la embriaguez, el juego hacen estragos, máxime entre la incauta juventud; donde la usura, la mala fe, la estafa están, como dicen, á la orden del día, por no hablar de la corrupción que arruina las familias, el matrimonio civil, verdadero concubinato, según la doctrina de la Iglesia, las uniones ilegítimas, el lujo y la molicie, el abandono del hogar por ir fuera en busca de pasatiempos corruptores, el descuido de la educación de los hijos y tantos otros males que están á la vista de todos con escándalo de la sociedad. ¿Qué prueba todo esto, carísimos hermanos, sino el fatal influjo de esas doctrinas disolventes que se absorben casi inconscientemente en la lectura diaria de libros, novelas y periódicos, tal vez científicos, totalmente ajenos al espíritu cristiano?

13. Y ¡qué testimonios más elocuentes, al par que aterradores de la inmoralidad predominante en las naciones, no nos dan los desórdenes encaminados directamente á la ruina de la sociedad, la rebelión armada contra la autoridad legítima, la usurpación del poder público por la intriga ó por la fuerza bruta, la anarquía y el vandalismo, dondequiera que la autoridad es impotente para proteger la propiedad y las vidas de indefensos ciudadanos! ¿No ha visto el siglo que acaba de pasar, desórdenes monstruosos en la naciones más cultas de la tierra, ó más adelantadas en progreso material, guerras injustas, usurpación de sus dominios á soberanos legítimos, consumada con vanos pretextos, violación de la propiedad sagrada, incendios de ciudades, depredación en grande escala, estafas enormes, asesinatos por mayor, atentados á la vida de los jefes de los Estados, reyes, emperadores y presidentes, pues nada tolera ya el socialismo á punto de desbordarse y arrasarlo todo? ¡He ahí la moral en acción, importada por las escuelas impías y blasfemadoras! ¡He ahí los frutos venenosos de la moral sin Dios! ¡Qué contraste con la moral evangélica practicada por los verdaderos discípulos de Jesucristo, por los fieles hijos de la Iglesia católica! Y ¿no es ésa una prueba sin réplica de la necesidad de promover y fomentar la enseñanza religiosa?

14. Por nuestra parte, hermanos carísimos, es preciso lanzar del corazón aquellos gérmenes de desorden y de vicios que la moral condena y nosotros no podemos dejar de condenar. «Que nadie os engañe con vanas palabras», os diré como el Apóstol á los efesios, «pues por esto vino la ira de Dios contra los hijos de la incredulidad.»¹ «Guardaos de haceros cómplices de los sofistas. . . . Como hijos de la luz que sois, marchad en plena luz, cuyos frutos son la bondad, la justicia y la verdad.»² Pero tened en

¹ Eph. 5, 6.

² Ibid. 5, 7 8.

cuenta que no basta para obrar el bien con perfección valerse de la energía de la propia voluntad, por más resuelta que se muestre á poner freno á las pasiones innobles: es preciso apelar á otra fuerza superior, la de la gracia, sin cuyo auxilio nada podremos en esta obra de nuestro perfeccionamiento moral. Para este fin la Iglesia, depositaria de los tesoros celestiales, nos brinda con las fuentes de la gracia, que son los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, para cuya participación debemos prepararnos oportuna y seriamente, si con sinceridad deseamos la reforma de nuestras costumbres para gloria del Criador y salvación de nuestras almas.

SÉPTIMA CONFERENCIA.

El culto social.

Adorabo ad templum sanctum tuum.

Ps. 5, 5.

1. No abarcaríamos toda la materia que ofrece á nuestra consideración la *religión práctica*, si no tratásemos separadamente del culto, y del culto social, ó tributado á la majestad divina por la humana sociedad. En efecto, el culto, la moral y el dogma forman esa hermosa trinidad, sellada por la religión, que constituye en el fondo un todo indivisible, porque no siendo lo bello otra cosa, según Platón, que el esplendor de lo verdadero, y, según De Maistre, que lo que agrada á la virtud ilustrada, el culto presenta á nuestra vista en todos sus esplendores la verdad del dogma y la bondad de la moral. He aquí por qué los actos del culto son una profesión de fe y un ejercicio de virtud; porque es evidente que quien rinde á Dios homenaje de adoración pública, da testimonio de que cree en ese Dios que adora, y practica la moral en el primero y más urgente de los mandamientos. Por eso mismo la abstención